

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 3, Diciembre 1994

Inaplicabilidad actual de los modelos europeos en el proceso de paz de Medio Oriente

Mario Sznajder

pp. 87-92

Inaplicabilidad actual de los modelos europeos en el proceso de paz de Medio Oriente

Mario Sznajder

LOS lazos entre el Medio Oriente y Europa son demasiado claros para requerir una nueva enumeración. Sin embargo, en un período en el cual pareciera vislumbrarse una solución política para el conflicto árabe-israelí, estos lazos adquieren especial relevancia debido al papel que Europa y las estructuras europeas pueden jugar en la resolución de este conflicto. El Palacio Real en Madrid sirvió de marco a la apertura de la Conferencia de Paz sobre el Medio Oriente, el 30 de octubre de 1991, apertura en la cual la CEE participa como observador.

Más adelante se acentuó la participación europea en el marco de las negociaciones multilaterales sobre los temas de división de aguas, problemas ecológicos, control de armamentos, refugiados y desarrollo de integración económica.

También la ceremonia en la Casa Blanca, donde se firmó el pre-acuerdo entre palestinos e israelíes, el 13 de septiembre de 1993, fue presidida, en forma conjunta, por los EE.UU. y Rusia. Es indudable que mucha ayuda internacional será necesaria como apoyo para la resolución pacífica del conflicto árabe-israelí, y que el apoyo y las garantías europeas serán importantes dentro de este marco. Pero la contribución europea no se limita a lo substancial y tangible sino que posee un aspecto teórico importante. Este está relacionado con la validez de los modelos estructurales europeos —políticos, económicos, sociales y culturales— en lo que respecta a la solución del conflicto árabe-israelí.

Sería ideal, para el Medio Oriente, llegar a una etapa de desarrollo en la cual la paz fuera reforzada, desde el punto de vista organizativo,

*Nació en Argentina y se educó en Chile. Es docente e investigador del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Hebrea de Jerusalén, e investigador asociado del Instituto Truman de Estudios por la Paz. Es co-autor de **Naissance de l'idéologie fasciste** (Paris, 1989; en español, Madrid, 1994), y autor de numerosos artículos sobre temas de teoría política, publicados en libros y revistas científicas israelíes e internacionales. Este trabajo se basa en una presentación leída en el Congreso sobre Derechos de los Pueblos y Estructuras Europeas (Manresa, Cataluña, 1993).*

por estructuras modernas, pluralistas, abiertas y tridimensionales. Los organismos europeos, en los planos antes mencionados, parecen poseer, en principio, estas características. Es así como la modernidad económico-tecnológica que caracteriza a los miembros más avanzados de la CEE es

exitosos que los han colocado entre los países más desarrollados y ricos del planeta, proveyéndoles así de una base socioeconómica sólida que les permite ampliar los marcos de asociación y ayudar a los nuevos miembros a integrarse, acelerando sus procesos de modernización.



no sólo percibida como un ideal por los miembros menos avanzados, sino que se convierte en una realidad practicable, con mecanismos de cooperación y ayuda tendientes a la integración. Esto está enmarcado en una estructura política basada en la noción de que las problemáticas y los elementos unificadores son más fuertes que los divisorios, lo cual crea la necesidad de marcos comunes de resolución, parlamentarios, representativos y aun gubernamentales. En Europa esto se hace posible a través de la visión política tridimensional que genera estructuras transnacionales (como, por ejemplo, el Parlamento Europeo, el Consejo Europeo de Jefes de Estado, la Corte de Justicia Europea, el Banco de Inversiones Europeo, la Unidad Monetaria Europea [ECU] y la misma CEE, en el plano económico-político), los cuales coexisten con los estados-nación históricos y con niveles crecientes de autonomía regional.

El denominador común es la visión democrática pluralista, aplicada a los tres niveles, y el hecho de que los modelos sean abiertos, no sólo frente a la posibilidad de cambios internos sino frente a la posibilidad de asociar nuevos miembros que cumplan con los requisitos básicos exigidos. La modernidad del modelo se da no sólo en su base racional-instrumental, pluralista, democrática y humanista, sino en el hecho de que los países fundadores de la CEE han realizado procesos de modernización

El otro aspecto central de la modernidad europea consiste en la diferenciación entre planos diversos –profesionales, culturales, religiosos, étnicos– que permite enfrentar problemas dentro de sus dimensiones reales, sin que se produzca la mezcla pre-moderna de lo religioso con lo cultural, nacional, social, económico y étnico, que caracteriza a muchas de las guerras y enfrentamientos en la periferia europea y en el Medio Oriente, léase conflictos comunitarios o étnico-religiosos, e inclusive guerras de religión.

Desde el punto de vista político y en relación a los problemas del Medio Oriente, el aspecto principal de las estructuras europeas consiste en el intento de redimensionar el rol del estado-nación en una perspectiva más moderna. El reconocimiento e institucionalización de las dimensiones regionales y transnacionales probablemente conduce a una reducción de las tensiones que los estados nacionales tienden a acumular en su seno y entre sí. El no abandono del modelo de estado-nación refleja, por otro lado, el reconocimiento del peso de la realidad histórico-política de los últimos siglos, en la cual esta unidad ha jugado un rol central en el proceso de modernización y estructuración de las identidades colectivas. En el fondo, Europa está experimentando con los modelos futuros, y, pese a los altibajos del experimento, está mostrando al mundo una posibilidad de desarrollo de marcos funcionales mejores.

Lo ideal sería poder aplicar en el Medio Oriente los principios que caracterizan hoy a las estructuras políticas, económicas y culturales europeas, o sea, aprender de Europa cómo pacificar el Medio Oriente y proveerlo de estructuras de desarrollo funcionales. La tentación de jugar con estos modelos es grande. Muchos mencionan el paso de la enemistad histórica entre Francia y Alemania, que culminó en tres guerras, a la estrecha colaboración desarrollada por De Gaulle y Adenauer y a las fronteras abiertas de hoy, como una característica de los últimos decenios y un ejemplo de pacificación y colaboración, válido también para el Medio Oriente. Un examen concreto de la realidad del Medio Oriente demuestra la poca aplicabilidad del ejemplo, y no sólo en lo que respecta a sus líderes políticos. Los niveles de diferenciación socio-económica y de desarrollo político y cultural que Francia y Alemania poseían a fines de la II Guerra Mundial, no han sido alcanzados todavía por la mayoría de las sociedades del Medio Oriente. Peor aún, la serie de factores que incentivaron el diálogo entre Francia y Alemania no sólo están ausentes en el Medio Oriente, sino que éste se caracteriza por notables diferencias en niveles de modernización entre las partes del conflicto árabe-israelí y aun dentro de cada una de las partes. Mientras que Alemania y Francia poseían niveles de desarrollo si no iguales, al menos similares, que entre otras cosas les permitían competir, en paz y en guerra, tal como lo hicieron, manteniendo algún tipo de simetría en sus relaciones, el Medio Oriente se caracteriza por procesos de modernización segmental que afectan de diversas maneras el desarrollo y la solución del conflicto árabe-israelí.

Los procesos de modernización segmental fueron llevados a cabo en los estados-nación del Medio Oriente –Egipto, Siria, Líbano, Jordania, Irak y también Israel– en el marco del conflicto árabe-israelí y de otros conflictos –por ejemplo, Irán-Irak, o la intervención de Egipto en Yemen, en los años sesenta y posteriores. Estos procesos, en función de las necesidades de los conflictos, desviaron gran parte de los recursos de cada una de las sociedades hacia el segmento de seguridad, para posibilitar la participación en ellos. Como consecuencia, se frustraron las expectativas de amplios sectores sociales, surgidas de los procesos de modernización que acompañaron el establecimiento de los estados-nación en el Medio Oriente, debido al incremento del gasto de

seguridad a expensas del gasto socioeconómico. Gran parte de la traducción política de este tipo de frustración social surge a través de movimientos fundamentalistas islámicos, mientras que otra parte de la masa es canalizada políticamente, con mayor o menos éxito, por lo que A. J. Gregor calificaría como dictaduras militares desarrollistas,¹ contra el “enemigo exterior” o la amenaza exterior inmediata, que, en varios de los casos, es Israel. En estos países, los sectores militares y de seguridad general llegaron a altos niveles de desarrollo logrando importar, también internalizar, y a veces desarrollar en su propio seno, las más modernas tecnologías –incluyendo la no-convencional– pero siempre a cuenta de un menor o nulo desarrollo socioeconómico y del uso de la mayor parte de la ayuda exterior, nuevamente, en el campo de la seguridad.

Los sectores sociales más afectados, especialmente en el mundo árabe, son aquellos cuyas expectativas fueron despertadas y luego frustradas; y es por ello que la reacción fundamentalista, que en el fondo rechaza la modernización y junto con ella la modernización segmental, generalmente secular y occidentalizante (incluimos a la ex-USSR y a la ideología comunista como partes de la cultura occidental moderna, rechazada por el fundamentalismo), debe ser explicada en relación al conflicto árabe-israelí. De aquí surge otro punto importante.

El rechazo total de Israel por parte de los sectores fundamentalistas islámicos extremistas, que encaran el conflicto árabe-israelí en términos de Guerra Santa (Jihad) y que ven en Palestina un santuario (Waqf) que debe ser recuperado a través de este tipo de movilización social religiosa (Israeli, 1993), es explicable en dos planos. Israel es rechazada *per se*, ya que Israel nace como sociedad moderna, en el seno de la sociedad árabe tradicional y religiosa. La modernidad de Israel es percibida desde sus comienzos como un elemento que, a través del ejemplo y del impacto socio-económico y político que ejerce, desequilibra a la sociedad árabe tradicional: hace más de cien años lo hizo en el seno de la provincia otomana del sur de Siria, luego Palestina británica; más adelante, en todo el mundo árabe. Recordemos que, pese al alto nivel de conflicto entre Israel, los palestinos y los estados árabes circundantes, la población árabe-palestina que queda dentro de las fronteras de Israel al finalizar la primera guerra árabe-israelí (1947-1949) acepta la ciudadanía israelí y vive un proceso de

modernización paralelo, aunque menor, al de la población judía de Israel desde 1949 en adelante.

Tras años de separación del mundo árabe, la Guerra de los Seis Días (1967) vuelve a poner a Israel en contacto con la población palestina de Cisjordania y Gaza. Desde 1979 en adelante, con la firma del tratado de paz entre Israel y Egipto, árabes israelíes visitan frecuentemente este país y estrechan a través de El Cairo sus contactos con el mundo y la cultura árabe. Es decir, los árabes israelíes pueden servir al fundamentalismo islámico extremista como paradigma del impacto modernizador de Israel sobre la sociedad árabe, por haberse integrado al "enemigo", Israel, a la vez moderno y no musulmán, por lo tanto antitético a los valores de la sociedad tradicional árabe.

El segundo aspecto del rechazo deriva del papel catalizador que juega Israel en la modernización segmental de sus vecinos árabes. La modernización básica israelí obliga a sus vecinos a modernizarse para poder competir militarmente en el marco del conflicto árabe-israelí. He aquí que Israel es rechazado por el fundamentalismo islámico extremista por su doble carácter modernizador —como ejemplo y como catalizador—, si se quiere, por ser un injerto "artificial" de la modernidad europea en el Medio Oriente.² Al respecto, baste recordar el rol central que juega la descripción de Israel como brazo del imperalismo occidental en Medio Oriente, en el discurso político nasserista, así como en el de Saddam Hussein y el del liderazgo de la actual República Islámica de Irán, por traer sólo tres entre múltiples ejemplos.

Una rápida mirada al mapa del Medio Oriente nos muestra que las fronteras de esta área del mundo parecen haber sido trazadas con regla y escuadra. Tras la desintegración del Imperio Otomano como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña y Francia se dividieron entre sí el Medio Oriente, de acuerdo a sus intereses e influencias en él. El trazado cartográfico, arbitrario desde el punto de vista de las sociedades locales, creó una realidad de la cual surgirían los estados futuros de la zona. Estos fueron creados para desarrollarse dentro del modelo de estado-nación europeo y según el hecho fundacional mandatorio básico, todo lo cual, al contar con los auspicios legitimizadores de la Liga de Naciones (que concedió los mandatos a Gran Bretaña y Francia en el Medio Oriente) y luego de las Naciones Unidas (que reconoció y aceptó como miembros a los diversos estados y

aprobó la partición de Palestina en noviembre de 1947), definió los parámetros existenciales de los futuros estados.

Pese a la artificialidad de estas creaciones políticas, nuevamente de origen europeo, en el curso del siglo, las distintas identidades nacionales se han ido afirmando aun en términos de estado-nación. El hecho es que los impactos sufridos por cada una de las partes en el marco del conflicto árabe-israelí, no han llevado a la desintegración de ninguno de los estados del Medio Oriente, salvo quizás el caso del Líbano, aunque también éste pareciera reconstituirse en los últimos años. Más aún, fuera del rechazo fundamentalista, el concepto europeo de estado-nación no sólo no parece estar superado en el Medio Oriente, sino que sirve como ideal político tanto a palestinos como a kurdos, autodefinidos como naciones sin estado.

Un sector central de los liderazgos de estos pueblos pretende crear estados-nación soberanos para cada uno de ellos. Las negociaciones de paz actuales entre árabes e israelíes se llevan a cabo en términos de estado-nación, encarándose así especialmente los problemas de soberanía territorial y defensa. Pese a su naturaleza exógena y al hecho de haber llegado al Medio Oriente en aras de intereses globales de origen europeo, pareciera que el concepto de estado-nación ha venido para quedarse.

En el fondo, puede afirmarse que en distintos países árabes el conflicto real no es contra Israel *per se*, sino entre la estructura modernizadora del estado-nación y la reacción fundamentalista, antimodernizante. La resolución política del conflicto árabe-israelí, a través de acuerdos de cesación del estado de guerra y tratados de paz, re-dimensionaría conflictos internos en las distintas sociedades árabes, proveyendo de recursos que podrían ser desviados de la modernización segmental, requerida por la perpetuación del conflicto, hacia una modernización social y económica más pareja.³

Este proceso, aunque lento y dificultoso, podría restar fuerzas a aquellos que prosperan con la frustración provocada por las expectativas de modernización no realizadas, o podría servir de base a modelos mixtos. Recordemos que en el Medio Oriente, sociedades tradicionales que no tuvieron mayores problemas de falta de recursos, debido a sus riquezas petroleras y exiguas poblaciones, como Arabia Saudita o los Emiratos del

Golfo Pérsico, siguieron otro camino. Sin adoptar el modelo del estado-nación y conservando estructuras tradicionales y relativamente fundamentalistas, se permitieron altos niveles de modernización tecnológica, que fueron puestos al servicio de los valores islámicos tradicionales. O sea que en cierto sentido, en los casos en los cuales la realidad demográfica, económica y cultural lo permitió, la modernización fue usada en sus aspectos exteriores sin dársele la fórmula política europea del estado-nación.

Indudablemente, la gran diferencia existente entre Israel, sus vecinos árabes y los palestinos, en términos de niveles de modernización y, por lo tanto, de superación de los problemas que el concepto nación-estado plantea en el Medio

que comiencen a poner fin al conflicto árabe-israelí no se da en en los parámetros del diálogo entre De Gaulle y Adenauer, que fue un diálogo entre líderes de sociedades que compartían un mismo proceso de modernización y cuyo lenguaje era similar. Lo común positivo en el Medio Oriente es relativamente reducido. La alternativa de continuación de un conflicto que, de seguir así, parece destinado, nuevamente, a través de la modernización segmental de alto costo social, a tomarse en no-convencional y nuclear, y desbordar los límites de la zona, es la que incentiva a todas las partes participantes, y también a Europa, a intentar resolver dicho conflicto.

De firmarse acuerdos de no-beligerancia y posteriormente de paz, la tarea de las partes



Oriente, hace muy difícil la extrapolación y adaptación de las estructuras europeas a esta zona. Son estas diferencias las que alimentan parte del odio y las imágenes del enemigo, en ambas partes. Es quizás una falta de entendimiento de la sociedad (o sociedades) que se confrontan, la que nos recuerda, en cierto sentido, la discusión entre Bernard Lewis y Edward Said.⁴

Cada una de las partes del conflicto árabe-israelí juzga a su contraparte en sus propios términos de cultura y modernización, descartando así la posibilidad no sólo de empatía hacia los problemas de la otra parte, sino la comprensión histórico-social básica en sus propios términos. El incentivo inmediato para la firma de acuerdos

firmantes, y también de los que apoyen y garanticen los tratados, será la de desbordar los procesos de modernización segmentales en dirección a una modernización socio-económica real.

En otras palabras, si el concepto de estado nación tiene una función substancial en el desarrollo de las sociedades modernas, pluralistas, democráticas y abiertas, este concepto debe ser aplicado en el Medio Oriente. Sólo este tipo de proceso, a través de varios decenios de realización exitosa, podría transformar el modelo lejano y utópico de las estructuras europeas actuales en algo extrapolable, adaptable al Medio Oriente y real.



NOTAS

- 1 Las teorías que explican la relación entre fascismo, comunismo y desarrollo, y el concepto de dictadura militar desarrollista fueron expuestas por A. James Gregor (1979, pp. 303-313), y también en otro de sus libros en el cual menciona específicamente casos del Medio Oriente (Gregor, 1974, pp. 7, 20, 394 et al.).
- 2 Sobre el rechazo simultáneo de Israel y de los regímenes árabes laicos, como el nasserista en Egipto, pese a presentarse éste como acérrimo enemigo de Israel, cf. Sivan, 1985, pp. 16-20.
- 3 Cf. Eldar, 1993. En esta entrevista, E. Sivan sostiene que sólo el desarrollo socio-económico en Cisjordania y Gaza es capaz de frenar la expansión del fundamentalismo islámico en estos territorios, basándose en precedentes sucedidos en países árabes.
- 4 Cf. Lewis, 1964. Esta fue una de las obras de Lewis especialmente atacadas por Edward Said en su crítica a las concepciones occidentales del orientalismo. Said califica al orientalismo occidental de ideológico y a veces racista, empleando parte de la obra de Lewis en forma paradigmática. Cf. Said, 1979, pp. 313-328.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Eldar, Akiva (1993). "Café Totseret Hebrón" ("Café producido en Hebrón", entrevista a E. Sivan). *HaHaretz* (hebreo), 1.1.1993, p. 2B.
- Gregor, A. James (1974). *The Fascist Persuasion and Radical Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- (1979). *Italian Fascism and Developmental Dictatorship*. Princeton: Princeton University Press.
- Israeli, Raphael (trad.) (1993). "Matsah HaJamás BaShtajim" ("El programa de Jamás en los territorios"). *HaHaretz* (hebreo), 1.1.1993, p. 2B.
- Lewis, Bernard (1964). *The Middle East and the West*. London: Weidenfeld and Nicolson.
- Said, Edward (1979). *Orientalism*. New York: Vintage Books.
- Sivan, Emmanuel (1985). *Radical Islam. Medieval Theology and Modern Politics*. New Haven and London: Yale University Press.